

Si el Sr. Dr. no creyera suficiente esta explicacion, podria consultar con las experiencias repetidas de Faraday, de Bussy y de Perkins, que han convertido en líquidos varios gases, y tambien el aire atmosférico.

De donde resulta, que no debemos correr el desaire al Sr. Dr. de no creerle en su *expresion de modestia*.

Pero, no *todo se perdió* para el Sr. Dr., si puede decir que *mé- nos el honor*, en su formidable apunte de la Fenicia la que, asegura, "no puede llamarse bíblicamente tierra de Caná ni de Canaan, porque Canaan formaba parte de aquel extenso pais, que ademas comprendia la Judea y parte de la Syria meridional."—Buen Dr., el que se haya llamado la Fenicia tierra de Canaan, no es mio, sino de César Cantú y de Fleury; pero lo que es mio, es que la bella expresion del Rey Francisco, en este apunte, no le conviene á V.; porque en Villemin veo que la Fenicia no era un extenso pais, que comprendia otra y media nacion, sino una lengua de tierra de dos grados de largo sobre medio grado de ancho.

El siguiente apunte amenaza á Copérnico y á otros sábios modernos. Recordando la sucesion de los grandes descubrimientos que en los siglos de nuestra Era se han hecho en cada uno de los ramos del saber, dije en mi historia del progreso: si los antiguos volvieran al mundo, tendrían á honor ocupar en nuestras escuelas el asiento del alumno; y á esto replica el grave Sr. Dr. "Podría decirse que á varios de nuestros grandes hombres les está sucediendo lo que al grajo de la fábula. Se sabe muy bien, v. g., que no pertenece á Copérnico el sistema astronómico que se le atribuye, pues Pytágoras, Philolao etc, hablan de esta opinion (del sistema) etc. etc."

Es difícil, Sr. Dr., le es difícil á un solo hombre tener razon contra todos los hombres; y todos llaman nuestro sistema planetario *el sistema de Copérnico*. ¿Y qué importa para el honor de Copérnico que algunos filósofos antiguos hayan sospechado el movimiento de la tierra, si la confusa opinion que de ello tenían fué menos probable para toda la antigüedad que el movimiento del sol? ¿Qué importa para el honor de Newton, que Empedocles haya tenido alguna idea vaga del sistema de gravitacion, que Hyarco y Tolomeo hayan creído en la posibilidad de la precesion de los equinoxios, si esas ideas no se han apoyado en ninguna prueba convincente?

Sin embargo, lo confieso con placer, éste punto de refutacion del Sr. Dr. tiene mas visos de formalidad, que el apunte infeliz de negar que haya habido un poeta Anselmo en Inglaterra. Pero, por desgracia, no me agrada la lógica, non placet, de este otro que se le sigue.

"Cervántes (dice el Sr. Dr.) no pensó jamas en censurar los abusos de la caballería, porque en su tiempo no habia ya caballeros, sino la lectura de los libros de caballería."

A esto voy á contestar con dos breves preguntas: ¿Es condicion indispensable de la censura, que la cosa ó persona censurada sea contemporánea del censor? es posible censurar, por peligrosa, la lectura de un libro, sin hacerlo tambien, aunque tácitamente, de lo que contiene y de su autor? Pero pasemos al grave incidente del *Aristotelismo*.

El siglo XVI, que tiene por carácter peculiar la reforma é innovacion en todas las instituciones de la sociedad, consideró envejecida la autoridad de Aristóteles, y substituyó nuevas doctrinas de filosofía á su escuela de 15 siglos. Un hecho, pues, es cuanto he referido; y el Sr. Dr., tomando de su cuenta la defensa de Aristóteles, cual si yo le hubiera atacado, hace su apología, y concluye por personificar en su heroe el pensamiento y la razon.

Ciceron no era admirador tan entusiasta de Aristóteles como el Sr. Dr. Rosas: "En punto á diversidad de pareceres respecto á Dios, nadie puede exceder á Aristóteles; para él, unas veces la divinidad es una inteligencia, y otras es el mismo mundo; unas veces, ademas de la inteligencia —Dios y de la inteligencia —mundo, hay otro Dios que preside al mundo y á la inteligencia; y otras, Dios no es mas que el fuego celeste. Pero Aristóteles, que todo lo vió con su razon, no vió lo que yo veo con la mia, á saber, que él está en contradiccion consigo mismo (De nat. Deor. lib. 1.)"

De Ciceron paso á su idioma, cuyo uso no fué relegado en el siglo XVI, dice el Sr. Dr., á las sombras misteriosas del *santuario*; y para apoyar su negativa, enumera las delicias de la lengua latina y tambien de la griega.

Mas de una vez, en nuestras conversaciones, ha podido saber el Sr. Dr. que yo tambien he fatigado mi memoria en el estudio del latin y del griego: por tanto, séame permitido esperar que no se me considerará totalmente fuera de mis atributos en la presente cuestion. Pero, aunque no supiera nada del latin, podria igualmente contestar al Sr. Dr. con la historia, que la alta sociedad hablaba aun esta lengua en el siglo XVI; pero luego que los grandes escritores de aquel siglo hubieron probado que se podia hablar y escribir sin desdoro de la lengua nacional, el latin recibió definitivamente el nombre de *lengua muerta*, y se retiró del mundo como idioma hablado.

En cuanto á sus delicias, discurro que si Ciceron volviera al mundo, no sentiria ningunas al oír á nuestros grandes latinistas, dado el caso que los entendiera; respecto á su utilidad, hay diferentes pareceres: unos le consideran como la salvaguardia de sus inmundades

20
21

y otros piensan que si las ciencias divinas y humanas estuviesen escritas en lengua vulgar, se abreviarían en la mitad las fatigas de su estudio, serían mejor comprendidas, y más generalizadas.

Esta cuestión es de mucha entidad; hace apenas seis años que en Francia estuvo profundamente agitada entre el alto clero y varios filósofos. No sé por qué el Sr. Dr. está en breve en estas cuestiones, y tan largo y repetido, v.g. cuando nos dice que unos atribuyen la invención del termómetro á Galileo; otros á Drebbel.

Sr. Dr., raro es el descubrimiento que sea debido á un solo hombre: uno descubre los efectos de una causa, otro busca y halla la causa de esos efectos, un tercero analiza y determina las leyes de esta y las propiedades de aquellos, y á un 4º quizás, deberemos la aplicación. ¿A quien pertenecerá el honor del descubrimiento? Si yo digo que á este, U. me replica que á aquel; y ámbos tendríamos razón, ó más bien ninguno, hasta que se determine la parte que cada uno de los 4 ha tenido en la invención. Y así, que el sistema planetario de Copérnico no pertenezca á aquel grande hombre, digno de nuestra gratitud; ni el termómetro á Galileo, ni el descubrimiento de Venus á Herschell etc: esta es cuestión que U. no ha querido ó sabido considerar en su verdadero punto de vista.

Prosigamos: Al llegar, en mi historia del progreso universal, al siglo XVI, cuyo acontecimiento más notable fué la reforma religiosa, referí sucintamente algunas de las causas que en los siglos anteriores la habían preparado; cité al virtuoso Hildeberto, Obispo de Tours, que en el siglo XII había dicho de Roma: "¡Dichosa ciudad, si no tuviera dueño, ó si fuese cosa vergonzosa á sus dueños la falta de fe!" expresión dolorosa, que nos pinta deplorables extravíos de la moderna Babilonia, que el mismo Dante llamaba "la gran prostituta que azota á su brutal amante." En seguida hice memoria de los escritos de Budeo, de Erasmo y de Vives contra las costumbres corrompidas de los grandes Simoniacos, á quienes Felipe el Hermoso llamaba nutridos, engordados é hinchados (*incrassati, impinguati et dilatati*). Y en fin, dije que no le era fácil á Roma salir airosa de la discusión, porque la ciencia se había hecho laica durante el sueño del papismo, anterior al siglo XVI. Y replica el Sr. Dr. "Si la ciencia se ha hecho laica desde ese siglo, lo decidirá quien sepa quienes eran, y cuando han existido, voy á vuelo de pajaró...." Y nos cita una sucesión de sacerdotes instruidos, todos muy modernos, y ninguno anterior al siglo XVI, llevando de esta manera la discusión á un terreno extraño y desviado.

Pero no está en esto lo más agudo y peligroso del apunte; porque, á pesar de haber yo dicho de Lutero: Oh! si el exasperado

Reformador se hubiera contentado con sus primeros y útiles triunfos... pero la prudencia y la caridad fueron desoidas.—De esto parece deducir el Sr. Dr. que soy amante del protestantismo, y copia un gran trozo de un tal Segretain, porque el sutil intérprete de mis pensamientos, el gran pensador, no se quiere tomar la molestia de pensar por sí mismo, para probar la excelencia de nuestra augusta religión.

Pero mirad á mi refutador asegurarnos que Lope de Vega no escribió 2,200 comedias sino 2,000! Buen Doctor, porque U. no ha leído más que dos mil comedias de Lope de Vega Carpio, debo yo dudar de la veracidad de Mr. Weiss!

Más, todos somos susceptibles de errar, y yo pequé, si mi impresor me ha sido fiel: y así, confieso y publico que donde dice Torrecillo inventó el termómetro, debe leerse: Torricelli, el barómetro, pues algunas fojas antes había yo dicho que Galileo inventó el termómetro; it, donde dice Helmond, léase: Helmont, ó Van-Helmont; it, donde dice Barthurst, léase: Bathurst; cuyas erratas me ha refutado el grave Doctor con la más graciosa ironía; Pero, después, elevándose á toda la altura de ese descomunal apunte, el Sr. Dr. nos dice que ignora cuáles sean los tres gases que Bathurst analizó, y que el agua pueda transformarse en materia sólida. Si el Sr. Dr. se empeña en repetirnos sus expresiones de coqueta modestia, se expone á que creamos que ignora cuando menos lo siguiente.

Llamamos propiamente gases las substancias simples aeriformes; y como que en tiempo de Bathurst no se conocían más que tres gases simples, el oxígeno, el azóe y el hidrógeno, es de suponer que son estos los tres referidos. El cloro, que es el 4º de los gases simples, era llamado entonces ácido muriático oxigenado, y lo colocaban entre los gases compuestos, permanentes, que son hoy día 21.

La solidez y la liquidez dependen del equilibrio entre los principios de atracción y de repulsión, es decir, entre el principio del calor que tiende á separar las moléculas de los cuerpos, y la fuerza de la atracción reciproca de las mismas moléculas, que tiende á unir las. Si el equilibrio se interrumpe por exceso del principio del calor, el estado sólido pasa al estado líquido, y también al estado aeriforme; y si el equilibrio cesa por falta de energía de ese mismo principio, el estado líquido pasa al estado sólido: Luego Van-Helmont pudo descubrir que el agua puede transformarse en materia sólida.

Los tres apuntes, que siguen, no me parecen menos gaseosos. Admirado el Sr. Dr. Rosas de ver en mi historia del progreso que la

existencia de un Sér Supremo se explica mas bien en la sencillez sublime de los preceptos de Cristo, que en la voluminosa Escolástica que se ha dejado ir sin mapa, sin brújula y sin piloto al oceano tempestuoso de los sofismas; . . . que la metafísica no conservó mas que la parte que trata de la generacion de las ideas; . . . y que no habia en el siglo XVI dialéctica, . . . admirado, digo, repuso el Sr. Dr. "La escolástica fué siempre un inmenso progreso; . . . el origen de las ideas no es del resorte de la metafísica. . . . la invencion de la dialéctica se atribuye á Zenon de Elea."

La metafísica, Sr. Dr., que tiene por objeto examinar y determinar el origen y la generacion de nuestras ideas, cuya clasificacion se llama *ideologia*, y lógica el arte de compararlas entre sí y combinarlas, la metafísica no fué, que digamos, un inmenso progreso entre las manos de los escolásticos; porque Aristóteles, su maestro, digno por otra parte de todo mi respeto, creyó el mundo eterno y la creacion imposible, lo que no debe creer todo un Canónigo; Y Mr. Bonald, cuya autoridad vale la de otro, dice en sus Recherches, "que los escolásticos tomaban por metafísica una ideología obscura y litigiosa, que suministraba un pábulo inagotable de disputas, y que su dialéctica era una arsenal abierto á todos los combatientes."

Despues de haber probado, de su propia autoridad y con solo una negativa, que la inoculacion no es una invencion moderna, ni tampoco las leyes de la sana crítica, por mas que diga Mr. Dalember, (tom. 9 p. 350,) el modesto Dr. pasa á censurar la Henriada. ¡Este apunte, que se lo quite Voltaire!

Prosigamos. Dice el Sr. Dr. "que no sabe cuál sea la doctrina del Dualismo; . . . que el Tratado de las sensaciones, de Condillac, no pudo hacer palidecer á Melebranche, porque no era contemporáneo; . . . y que ninguna gracia hizo Herschell con descubrir en la luna un volcan con su gran telescopio, ya que con uno cualquiera de mediano alcance se notan (en la luna) tantos cráteres volcánicos."

El Dualismo es el sistema de *las dos almas*, emanado de pitágoras, y resucitado en seguida por el canceller Bacon, Bufon, y otros (Phil. de la. nat. tom. 3 p. 68;) respecto á Wolf y á Kant, de quienes nos dice el Sr. Dr. "que marcharon en distinta cuerda" la historia de la filosofía de Alemania nos dice (Ph le Bas, tom. 2 p. 340) que estaban ámbos igualmente distantes del idealismo, y del *sentimentalismo* de Condillac que hizo palidecer á Malebranche, no en su persona, Sr. Dr., sino en sus escritos, en su Vision Directa de la verdad en Dios, tanto, que en las escuelas se decia del virtuoso visionario: "El que todo lo ve en Dios, no ve allí que está loco."

Mas, ¡hétenos ya en el observatorio astronómico del Sr. Dr. Rosas! ¡Dichoso aquel señor, que puede distraerse de la monotonía y aflicciones de este mundo, con el espectáculo probablemente hermoso de tantos cráteres volcánicos que contempla en la luna!

El Sr. Dr. Rosas, para contrariar una vez mas mi opinion sobre los tiempos primitivos de los Chinos, dice que profesaban la doctrina religiosa de las penas y de las recompensas. Yo le concedo que haya leído esa creencia de los Chinos; pero suplícole que yo tambien he leído en Cuvier (p. 217) que "los Chinos no tenían mas que una moral política sin religion." Y en la Ph de la nat. tom. 9 p. 281, se lee: "Eusebio nos ha conservado el siguiente fragmento: Entre los Chinos la ley prohibe la prostitucion. . . . y toda clase de cultos." Pero, complázcome en decir que ya los Chinos son teístas, pues el año de 1,710, instruido de que en Europa se tenia á los Chinos por ateos, el emperador Canghi expidió un decreto para que el mundo todo supiera que el Celeste imperio cree el dogma de la inmortalidad del alma y de la unidad de Dios.

Igualmente he leído en Rollin, que Xerxes, cuando marchó por segunda vez á la conquista de la Grecia con un ejército de tres millones de combatientes, mandó azotar al Ponto Euxino, hoy Mar Negro, porque las olas, agitadas por la tempestad, habian roto un puente, tal vez de barcas; y que escribió una carta al monte Athos intimándole, sopena de encadenarle y arrojarle al mar, á que no opusiera resistencia á sus zapadores, que abrian un camino al traves de aquel monte. Mas el Sr. Dr. no puede pasar por eso del puente; espero, no obstante, demostrarle, no que Xerxes fué cuerdo, sino que fué posible el puente.

El Bósforo de Tracia, roto mucho ántes de aquel *Rey de los reyes*, y llamado hoy Canal de Constantinopla, por donde las aguas del Mar Negro comunican con las del Helesponto y del mar de Mármara, no tiene mas que media legua de ancho; y como es de suponer que Xerxes buscó la parte menos ancha del Ponto Euxino y la menos distante del camino que llevaba en direccion al monte Athos, debemos creer que bien pudo echar su puente sobre aquel brazo angosto del Ponto Euxino.

De Zenon, el Estóico, que no admite mas Dios que el universo, y de Schelling, el Teósofo, para quien el universo es Dios (1) pasa el Sr. Dr. á los Torbellinos y á las Monades; y allí, armado de la santa cólera de los cánones, por haber yo dicho que Leybnitz su-

(1) Pienso que esta mi nueva calificación de la filosofía de Schelling es mas exacta que la primera.

cedió á Descartes en el desierto de las abstracciones. . . . "Hom-
bres inmensos (exc'lama) serán siempre estudiados y admirados, mién-
tras la inteligencia humana no abdique de sí misma. . . y se resigna
á dormir el sueño de la piedra bajo un montón de estiércol."

Calma, Sr. Dr., calma! ¿habría U. tomado mis razones por *inju-
rias* para darme injurias *por razones*? En la defensa de la verdad,
las declamaciones no prueban mas que la debilidad de su defensor.
¿No quiera Dios que yo no reconozca el alto mérito de aquellos
dos hombres célebres que han merecido bien de la sociedad! pero,
¿debemos creerlos exentos de toda mancha, cuando en el mismo
sol se han descubierto manchas? Yo he leído, en no sé donde, que
gracias á Descartes y á Leybnitz, somos todos protestantes en filoso-
fía; como, gracias á Lutero, somos todos filósofos en religion.

La base de su psicología es que todas las ideas estan en nuestra
alma, y que no salen de ella sino por la reflexion; y lo que les
engañó, consiste en no haber distinguido la facultad sensitiva que
recibe de los sentidos la substancia de las ideas, del entendi-
miento agente que de aquella misma substancia las forma, las compa-
ra, las combina; y abstrayndo el universal del particular, lo espiri-
tual de lo sensible, se eleva á las altas regiones de los conceptos.

Ya el Sr. Dr. Rosas estará tan fatigado como yo de mi larga
contestacion, así lo espero.

Sin embargo, poseido de sentimientos benévolos y de sincero
aprecio por su persona, si no por su escrito, prométele ser breve en
los dos siguientes y últimos apuntes.

"¿De qué otra manera podria contestarse, prosigue mi refutador,
á quien sostiene que debe ser quemando el *resto* voluminoso de
tantos libros cuyo menor defecto es el de ser inútiles, al paso que
tantos genios derraman con laudable prodigalidad su oro. . . y has-
ta la misma muerte que les sale al encuentro, por lograr versiones,
medallas etc?"

Pero, señor; ¿qué relacion tiene esta su exclamacion con mi ar-
tículo sobre la institucion de un idioma universal? En él se lee
que las mejores producciones del genio en cada uno de los ramos
de nuestros conocimientos se deben conservar y trasladar al refe-
rido idioma, y que solo las malas producciones (yo no hablo aquí
de la refutacion del Sr. Dr.) las pobres producciones, los malos li-
bros deben ser quemados.

Y en fin, despues de haber seguido los pasos de la sociedad en
la continua sucesion de invenciones utiles y de asombrosos descu-
brimientos en los siglos modernos, he dicho en mi historia del pro-
greso: ¿quien afirmar aun osára que *la sabia antigüedad es un orá-
culo que todo lo supo, y que sin consultarlo nada se puede saber?* Yo!

parece haber pensado el Sr. Dr.; porque, despues de habernos ase-
gurado que el conocimiento de las lenguas modernas es imposible
para quien no sabe griego y latin (lo que no ha intentado probar),
¿Puede decir alguien, (exclama) que sabe filosofia, si no tiene ideas
exactas de lo que han pensado los hombres. . . desde Thalés. . . ?"

Oh! yo tambien respeto todo lo que hubo de bueno en la venera-
ble antigüedad; pero confieso que he perdido algunas de las ilusio-
nes que por ella tenia en mis aulas, desde que he visto en San
Pablo, que vivió entre el pueblo mas civilizado de la antigüedad:
"Los Griegos, llamándose sabios, se han hecho necios, Græci. . .
dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt." (Rom. I. 22;) y en Ci-
ceron, que estudió en Atenas, y vivió en Roma: "No hay cosa al-
guna tan absurda, que no haya sido enseñada por algun filósofo,
Nihil tan absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philoso-
phorum (De Divin. II 55.)

Pero, lo que me es mas sensible oírle decir, es que el género
humano no existe, sino para la felicidad de un pequeño número:
humanun paucis vivit genus.

FIN.

Hostis in bello, amicus in pace, ubique francus.
Esta mala prosa, á la polémica.
Y respecto á mi historia del progreso el
Feci quod potui; faciant meliora potentes.